

El PSOE en la Guerra Civil

Poder, crisis y derrota (1936-1939)

HELEN GRAHAM

Traducción de
Lucía Blasco

Revisión de
Alejandro Quiroga

DEBATE

Índice

AGRADECIMIENTOS	9
GLOSARIO DE SIGLAS	11
INTRODUCCIÓN	13

Primera parte

LA LUCHA POR EL CONTROL DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL DEL PSOE, 1934-1936

1. Divisiones internas en el movimiento socialista, 1934-1936 .	29
2. La ruptura de la unidad socialista y el comienzo de la Guerra Civil	53

Segunda parte

LA IZQUIERDA SOCIALISTA EN EL PODER, 1936-1937

3. La formación del gobierno de Largo Caballero	75
4. Reajustes políticos en el seno del movimiento socialista . .	94
5. La izquierda socialista: crisis y desmoronamiento	114

Tercera parte

LA BATALLA EN EL PARTIDO,
1937-1938

6. Ramón Lamonedá se enfrenta a la izquierda del PSOE . . .	137
7. La depuración de la izquierda del partido y la crisis en el sector centrista	161
8. La fragmentación del centrismo	190

Cuarta parte

EL CONFLICTO EN LA UGT

9. La lucha por el control del sindicato y el eclipse de la izquierda socialista, 1937-1938	209
10. La vieja guardia caballerista: atrincheramiento y reaparición	247

Quinta parte

LA RUPTURA ENTRE SOCIALISTAS
Y COMUNISTAS

11. El golpe de Casado y el final de la guerra	277
--	-----

APÉNDICES

1. Comisiones ejecutivas durante la guerra	305
2. <i>Dramatis personae</i>	309
3. Estructura orgánica del PSOE y de la UGT	317

NOTAS	319
-----------------	-----

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	379
----------------------------------	-----

ÍNDICE ONOMÁSTICO	409
-----------------------------	-----

Introducción

Los hombres [y las mujeres] hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado.

K. MARX,

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

Si se deja a un lado la enorme tragedia humana y el potencial malgastado como consecuencia de la derrota militar de la República en 1939 y se analiza el coste político que esta supuso para las organizaciones que componían el bando republicano, ninguna de ellas salió tan malparada como el movimiento socialista, formado por el partido (PSOE) y el sindicato (UGT). Tras medio siglo de existencia, el partido que había sostenido a la República desde su nacimiento en 1931 fue prácticamente destruido a raíz de la Guerra Civil. El PSOE solo recobraría su liderazgo en la vida política española en la década de 1970. Sin embargo, el Partido Socialista que surgió entonces, a pesar de reivindicar la continuidad histórica, poco tenía que ver con su predecesor. Se trataba de un partido nuevo para una España nueva.¹ La derrota de la República en abril de 1939 precipitó la crisis definitiva del PSOE «histórico». Pero si bien la desintegración del PSOE fue producto de la de la República, lo contrario, como este estudio trata de demostrar, no fue menos cierto.

Fundado en 1879, el Partido Socialista Obrero Español fue un partido socialdemócrata arquetípico, definido por su compromiso de llevar

a cabo los cambios políticos de un modo gradual. Esta postura se basaba en la creencia de que, a la postre, el partido estaba destinado a heredar el Estado.² Una vez en el gobierno, el partido llevaría a cabo la reforma social y económica desde dentro. Al mismo tiempo, el discurso radical de los socialistas españoles, que se remontaba a su experiencia como partido al margen del sistema durante la Restauración (1874-1923), evitó durante mucho tiempo que su hegemonía como *el* partido de la clase trabajadora se pusiera en peligro desde la izquierda. En concreto, la combinación de una praxis reformista con un discurso revolucionario constituyó un factor importante, que impidió que el Partido Comunista de España (PCE) se convirtiera en un rival serio. Esta situación se mantuvo así hasta la Guerra Civil.

En el seno del movimiento socialista, la relación del sindicato con el partido obedecía al esquema clásico de la socialdemocracia. Aunque la UGT, fundada en 1888, era mucho mayor que el PSOE en número de afiliados, solo conservaba su autonomía en el ámbito sindical. En lo concerniente a la acción política, el sindicato debía subordinarse al programa y a las directrices del partido. Esta relación funcionaba porque existía una cultura política común en los dos sectores de la organización. Históricamente, esta se basaba en la ilegitimidad fundamental del Estado español, que excluía a los socialistas del poder. Pero el advenimiento de la Segunda República en 1931 modificó la percepción que las filas socialistas tenían del Estado, lo que iba a romper la relación tradicional entre el partido y la organización sindical.

El nacimiento de la Segunda República se vio como el anuncio de la oportunidad «histórica» del PSOE. Por primera vez en España, la República traía una democracia parlamentaria y pluralista genuina, si bien muy imperfecta, y reunía así los requisitos mínimos, aunque podían no ser suficientes, para acometer un programa de reforma social y económica y, sobre todo, la imprescindible reforma agraria. Dicho marco parecía garantizar un importante futuro político para el PSOE. El republicanismo de izquierda necesitaba al PSOE en la misma medida, e incluso más, en que el PSOE necesitaba a la República. Esto se debía no solo al claro deseo socialista de llevar a cabo una reforma parlamentaria, sino también, de un modo determinante, a que el apoyo de los socialistas podía asegurar a los republicanos de izquierda unas expecta-

tivas razonables de éxito a la política reformista. El PSOE representaba la fuerza parlamentaria más relevante de la izquierda, siendo el Partido Comunista minúsculo, y por lo tanto, de una importancia marginal, mientras que el potente movimiento anarquista se oponía a todo tipo de actividad parlamentaria. De todos los grupos que actuaban en el Parlamento, solo los socialistas poseían una organización nacional vertebrada. Esto era un legado de la colaboración de la UGT con la dictadura de Primo de Rivera en los años veinte. Pero también ha de tenerse en cuenta que la eficacia del PSOE como partido de masas dependía del apoyo de su potente federación sindical.

El futuro parecía prometedor. Sin embargo, la realidad de la experiencia socialista en el curso de los años treinta no iba a desembocar en la realización de lo que se percibía como su destino político, sino en la desintegración y el ocaso del partido. Entre 1931 y 1936, la reforma social y económica de la República se malogró frente a una oposición conservadora poderosa e intransigente. Esta amarga experiencia dividió por la mitad al movimiento socialista, cuya manzana de la discordia se hallaba en la conveniencia o no de apoyar a las débiles fuerzas del republicanismo de izquierda en el gobierno. A la altura de la primavera de 1936, era clara la división dentro del movimiento socialista entre los caballeristas, que se oponían a la colaboración en el gobierno, y los centristas, que la defendían como el único modo viable de llevar a cabo las reformas. Para explicar la lucha destructiva que tan cara iba a costarle a la República y a los propios socialistas, debe examinarse la rivalidad entre los dos sectores del movimiento: el partido y el sindicato. Esta fractura, constante en el seno del socialismo español, ya se había manifestado en la década de 1920 a través de las reacciones contrapuestas ante la dictadura de Primo de Rivera.³ Pero la naturaleza democrática de la Segunda República aumentó la gravedad y el impacto de la división. La primera democracia parlamentaria genuina en la historia de España invirtió el equilibrio tradicional de la autoridad y reforzó el protagonismo y la fuerza del partido sobre los del sindicato, que había sido hasta entonces el «socio preferente». También significó el fin de una cultura política compartida que se basaba en el carácter ilegítimo del Estado, lo cual dio lugar a una lucha interna entre ambas corrientes por el control del máximo órgano de dirección: la comisión ejecutiva nacional.